

OrganEx

Nohemí Damián de Paz*

¡Ah, los recuerdos, efímeros e inestables! La mayoría de nosotros evoca los placenteros por mero egoísmo, ya que se vuelven una especie de adicción para sentir de nuevo aquello que nos provocó alegría o una memorable emoción. Debo confesar que no me gusta conservarlos del todo porque pueden llegar a ser una distracción, sobre todo cuando estoy concentrado en mi trabajo, pero existe uno que considero especial.

Hace ocho años, mientras bebía mi café nocturno después de una larga jornada laboral, me sobresalté al enterarme de una noticia proveniente de la televisión. La nota fue breve: “Unos científicos de la Universidad de Yale lograron preservar la función de múltiples órganos de cerdos, como el cerebro, el corazón, el hígado y los riñones, una hora después de que los animales hubieran muerto”. Me quedé pensativo durante un largo rato, reclinado en el sofá. Finalmente, decidí buscar más información al respecto. La parte superior del navegador de mi computadora tenía tantas pestañas abiertas que era casi imposible vislumbrar si existía un final. Mi atención quedó absorbida por la pantalla durante un lapso prolongado, transformando mi cuarto de penumbras en la luminosidad de los primeros rayos del sol que atravesaban la delgada cortina.

Como neurocientífico que soy, enterarme de este descubrimiento fue fascinante. Lo que encontraron aquellos colegas norteamericanos se volvió, obviamente, una primicia mundial, ya que su investigación podría ser la respuesta que se necesitaba para prolongar la viabilidad de los órganos humanos destinados a trasplantes vitales, de los que se desechan miles cada año por no ser conservados correcta e inmediatamente.

Como lo explicaba el neurocientífico Nenad Sestan y su equipo, en una de sus tantas conferencias, normalmente

*** Egresada de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana en el Departamento de Humanidades del Instituto de Ciencias Sociales y Administración, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.**

"Podemos decir que el corazón late, pero hasta qué punto late como un corazón sano: eso requerirá más estudios".

los órganos deben extraerse justo después de que el corazón deje de bombear sangre para que sean viables. Sin embargo, una solución podría ser OrganEx, un líquido de color azul zafiro que contiene aminoácidos, vitaminas, metabolitos y 13 compuestos adicionales, capaz de restaurar las funciones básicas de los órganos mucho después de que los tejidos hubieran recibido sangre fresca por última vez. Su experimento fue relativamente simple: indujeron un paro cardíaco en cerdos y dejaron los cadáveres a temperatura ambiente durante una hora antes de infundirles la sangre con OrganEx. Utilizando una máquina, hicieron circular la mezcla durante seis horas y observaron signos de reanimación en los órganos moribundos: las células del corazón empezaron a latir, las del hígado absorbieron la glucosa de la sangre y se reanudó la reparación del ADN.

¡Impresionante! Mis colegas encontraron una forma de reanimar órganos considerados como inservibles. No obstante, aunque se notaba el profesionalismo de Sestan y sus compañeros en su investigación, hubo un comentario que se repetía una y otra vez en cada conferencia y que me causaba cierta inconformidad: "Podemos decir que el corazón late, pero hasta qué punto late como un corazón sano: eso requerirá más estudios". Sestan estaba pidiendo cautela. ¿Cautela? Discrepo sobre ese comentario que tiene más de advertencia hacia nosotros, sus colegas en la neurociencia. ¿No se daba cuenta de que había dado la fórmula para comenzar a realizar pruebas en seres más complejos?

Durante este tiempo, Sestan siguió con sus experimentos de trasplante de órganos tratados con OrganEx en cerdos vivos para ver su funcionamiento, pero yo llegué más lejos que él. No sólo recreé sin mucho esfuerzo aquella solución de color azul zafiro en el laboratorio de mi trabajo, sino que también la mejoré y la puse a prueba en distintos animales –no me limité sólo al cerdo– y obtuve excelentes resultados en la reanimación de órganos vitales.

En este momento me atreveré a realizar aquello que cruzó por mi mente en cuanto escuché esa noticia en la televisión. La sangre azulada comienza a circular en cada rincón del cuerpo de mi bella Sofía, mi querida esposa, que falleció de un paro cardíaco hace ocho largos años.